

Las 6 y 15 señalaban las manecillas del dilapidado reloj de pared cuando Kovac comenzó a devorar su desayuno de siempre: huevos con tocino, tostadas y café negro. La corcovada montaña alzábese a una milla de distancia como un cruel reto a las manos que empuñaban un tenedor barato manchado por el uso. Kovac levantó la vista y la miró fijamente a través del ventanal del comedor, masticando a dos carrillos un gran pedazo de pan empapado en huevo. Sus ojillos rodeados del hirsuto pelo que se le derramaba por la frente hasta las gruesas cejas y por el rostro hasta la lengua barba de diez años parecían más pequeños y penetrantes que de costumbre, como si quisieran horadar con la mirada la roca lejana. Por un instante creyó advertir en el perfil de la cima el incipiente esbozo de la forma buscada y sonrió tímido. En seguida comprendió que su imaginación habíale jugado otra vez la repetida broma. Porque el perfil era aún el mismo que la cima mostrara diez años atrás cuando Kovac iniciara su ambicioso proyecto. El adjetivo no sería adecuado para calificarlo si no fuera porque no hay en la lengua castellana uno que esté más a la altura de su tremendo y descabellado plan. Pues Kovac habíase propuesto nada menos que transformar la montaña en una descomunal estatua de un jinete indio observando majestuoso la interminable pradera. Para ello contaba tan sólo con un bulldozer de segunda mano que aprendió a manejar sin ayuda de instructores o manuales, una modesta mensualidad que manos comprensivas accedieron a pasarle durante el tiempo que le tomara realizar su obra y una voluntad férrea alimentada por motivaciones misteriosas que lo impulsaban a trabajar los 365 días del año sin otros descansos que aquellos normalmente impuestos por la naturaleza humana.

La idea le surgió bruscamente un anochecer que lo sorprendió en la aislada pradera de South Dakota la cual atravesara por casualidad al tomar un camino equivocado. Kovac se detuvo a consultar su mapa y fue entonces que, al levantar los ojos y mirar el horizonte vio la solitaria montaña corcovada que se alzaba como un pedazo de material en bruto en el medio del estudio de un escultor. Y eso es exactamente lo que él era. Un artista nato viendo formas ocultas en cada roca. En esta, gigantesca y agreste, vio algo más que una forma. Ciertamente que el jinete se perfilaba claramente en su imaginación, mas fue el hecho de que el pedazo de material estuviera allí, en el medio de la nada, y el pensar que su estudio sería así la naturaleza misma en vez de una habitación colmada de trastos, lo que lo impulsaron a tomar su decisión que habría de llevarlo a consumir el resto de su vida en una sola obra para la eternidad.

Diez años habíanle tomado ya mover miles de toneladas de tierra y roca y aún no había logrado siquiera modificar el perfil de la montaña. Otros diez probablemente no serían suficientes para que el cuerpo y rostro del jinete resultaran obvios a un observador lejano. Porque la estatua era, desde luego, para ser vista desde lejos, a una milla de distancia por lo menos. Kovac podía verla en su mente terminada pero no en el terco perfil que se dibujaba en la ventana. "Treinta años quizá." pensó no sin cierta tristeza al tiempo que se levantó brusco y abandonó la choza para encaminarse como de costumbre a su monumental estudio. Su poderosa figura vestida con unos pantalones azules de obrero y una camisa de lana a cuadros carmelitas y blancos parecía sin embargo pequeña y perdida en la inmensa pradera que lo rodeaba. Kovac salvó la distancia a pie con paso ligero y trepó al bulldozer ya tan familiar como el cincel y el martillo que años antes utilizara en sus innumerables bustos y estatuillas que nadie compraba. Ahora era distinto. Sus manos no esculpían sino que dirigían un algo mecánico que lentamente iba cambiando la faz de la montaña. Era como si él fuese un dios diminuto e ignoto que creara un mundo nuevo con los materiales que el Dios verdadero y grande habíale dado.

Kovac sonrió al sentir el motor respondiendo rápido. Al menos no sería uno de esos días terribles consumidos en reparar la sobretrabajada máquina que a menudo se negaba a funcionar. A fuerza de sufrirla él la conocía ya por dentro como un cirujano que hubiera manoseado cada órgano y arteria de aquel feo cuerpo de hierro.

23

Eran tan sólo las 12 y media de la mañana cuando el artista comprobó con regocijo que un incómodo saliente de la montaña habíase reducido lo suficiente y que ya podía iniciar un nuevo aspecto de su lucha. Debía ahora cortar una arista vertical que a la postre utilizaría como parte de la nariz del indio pero que tal como estaba antojábasele demasiado larga y brusca. Para hacerlo sería necesario utilizar nitroglicerina y obrar con extremo cuidado. Más destrucción de la necesaria significaría que la nariz jamás podría lograrse, y Kovac estaba de antemano enamorado de aquella nariz india, simbólica y magnífica como la de casi todos los indios de Norteamérica.

Los cartuchos de dinamita pesaban poco, mas conllevaban el horrendo poder de la devastación indiscriminada que sólo la naturaleza es capaz de lograr. Kovac pensó que cuando el hombre destruye en sentido general inevitablemente trata de salvar aquellos a quienes ama. Mas la naturaleza irritada no reconoce amores ni preferencias.

Destruye simplemente. El Krakatoa explotando en Sumatra no reconocía amigos ni mujeres hermosas. Explotó sencillamente, redujo a cenizas buena parte de una isla y cambió la geografía de Java. El no podía hacer tal cosa. El debía situar la dinamita cuidadosamente en forma tal que sólo la parte de la montaña innecesaria para dejar una nariz perfecta fuese destruída. El resto de aquella roca debía quedar colgando del monte si es que el rostro imaginado iba a ser una hermosa realidad artística. Kovac estaba bien consciente de ello. Por eso situó la nitroglicerina en lugares estratégicos esperando que el efecto fuese el esperado y que tan sólo lo superfluo desapareciera en la explosión. Entonces se dió cuenta que eran las 3 y que no había almorzado a pesar de que su estómago hacía rato le indicaba la necesidad de alimento. Kovac miró el sandwich envuelto en un pedazo de papel transparente y vaciló unos segundos. Sería necesario comprobar el efecto de la dinamita antes de disfrutar su emparedado.

La explosión se expandió por la pradera y rebotó contra un horizonte desconocido de montañas, Kovac sonrió y comió su pan con la satisfacción de un obrero que sabe que ha ganado su salario. La parte de la nariz que él quería salvar se había salvado. Bastarían unos pocos meses de trabajo para suavizar el resto de la arista y dar forma definitiva a ese tan importante rasgo del noble rostro. Luego vendrían los ojos y años más tarde los labios, las mejillas y el afilado mentón. La frente y el cabello serían cosa fácil mas las orejas tendría que esculpirlas a mano sin ayuda del bulldozer o la nitroglicerina. Todo el rostro en suma sería hecho penosamente pulgada a pulgada con un simple cincel mientras su cuerpo colgaría precario de un endeble andamio construído por él mismo. Kovac anticipó todo ese cuadro de trabajo sobrehumano y peligros, sin miedo o preocupación alguna. Tan sólo una cosa lo inquietaba: el pensar que la muerte pudiera sorprenderlo antes de completar su obra. Mas él siempre alejaba el pensamiento repitiendo en su mente la misma frase: "Pamplinas, estoy fuerte como un roble y a mis cuarenta de edad aún me quedan 20 por lo menos de fuerza y capacidad para luchar contra las paredes de esta roca. Sé que puedo hacerlo y lo haré." Eso es lo que había dicho al periodista que lo entrevistara días antes. El pobre diablo no podía comprender que alguien dedicase una vida entera a realizar una obra tan enorme en medio de la soledad y sin ayuda alguna. A sus insistentes preguntas: ¿"Por qué? ¿Por qué lo hace?," Kovac habíale contestado bruscamente: "Porque tengo que hacerlo. Porque la montaña está ahí y mis manos son capaces de transformarla en algo artístico. Y porque no hay excusas, ¿comprende Vd.?, no hay excusas para dejar de hacer lo que uno sabe que le fue encomendado por Dios. Es muy fácil decir: No tengo dinero, no tengo fuerzas, necesito veinte obreros

que me ayuden. ¡Mierda! ¿lo oye Vd.? ¡mierda!. Si de verdad quiere Vd. hacerlo, si de verdad es Vd. un artista y una obra se le mete en el corazón como se me ha metido a mi ésta, no hay excusas para echarla a un lado. Porque el arte es más importante que mi cuerpo y que mi vida y que la suya. Todo, ¿lo oye Vd.? Lo es todo. Por eso no cejaré hasta que vea esa roca transformada en un jinete indio. Sé que los vientos cortantes del invierno han de golpearme el rostro y endurecerme mientras cincelo la montaña. Sé que nadie, ¿lo oye Vd ?, nadie me lo agradecerá nunca. Pero es mi obra. Tengo que hacerla. Dios me puso en estas manos y en este cerebro que las dirige la capacidad de mejorar su hermosa obra. No voy a defraudarlo. ¿Cómo podría defraudar un artista a Dios y seguir viviendo luego? No, yo no lo haré; yo no le fallaré como otros que utilizan ridículas excusas. Que si no tengo cincel, que si me fallan las manos, que si el mundo me ignora o no me comprende. ¡Basural, le repito. Son excusas sin base. Porque Dios está ahí, esperando, esperando por mis brazos y mi arte y uno no anda por este mundo burlándose de Dios y mucho menos haciéndolo esperar. Por eso me rompo el alma cumpliendo mi destino. Por eso dedicaré mi vida entera a esta montaña que entre los dos haremos bella y eternamente artística."

Kovac rememoraba aún la conversación con el periodista mientras comía su pan y sorbía café de un viejo termo al tiempo que el carro del Sheriff del lugar se detuvo frente a la mole de roca. Kovac vió el uniforme dejar el carro y trepar la empinada ladera hasta llegar a él. La mirada del artista al extraño no revelaba temor alguno. Curiosidad sí, pero no temor. Porque Kovac no había cometido acto alguno que lo hiciera temer a la autoridad. Al menos eso creía hasta que el Sheriff, autosuficiente y vanidoso como casi todos los sheriffs de pueblos pequeños le dirigió la primera cortante frase:

"¿Es Vd. Kovac?"

"Sí," contestó el aludido sonriendo.

"¿Es Vd. el Kovac que según los periódicos está tratando de transformar esta montaña en un jinete indio?"

"Sí!" La sonrisa del artista era ahora más amplia anticipando halagos que no vinieron de la autoritaria boca.

"Sr. Kovac, traigo una orden de arresto contra Vd."

"¿Arresto?" La pregunta estaba cargada de inocencia.

"Sí."

"Y, ¿por qué?" "¿Qué es lo que he hecho? Yo vivo solo. No molesto a nadie. Mis amigos pagan por la choza en que vivo y por los víveres que consumo. No debo nada. El bulldozer está pagado ya, también la dinamita que uso y el combustible de la máquina. ¿De qué me acusan?"

"De entrar en propiedad privada y de trabajar en ella."

"¿Se refiere Vd. a la choza? Ya le dije que está pagada. La renta está pagada. Tengo buenos amigos que se encargan de eso."

"Me refiero a la montaña. Es propiedad privada."

"¿La montaña?"

"Sí."

"Y, ¿cómo puede nadie poseer una montaña?" La pregunta era estúpida mas era la única que le vendría a la mente a un artista en una situación similar.

El Sheriff leyó sus papeles durante un largo segundo y respondió irritado.

26

"Uranium Searchers Incorporated es la dueña. Compraron la montaña hace once años cuando pensaron que había uranio en ella."

"¿Lo encontraron?" La pregunta de Kovac era tan estúpida como la anterior mas era la única que le vendría a la mente a un artista en una situación similar.

"Eso no me interesa," contestó el Sheriff mirando sus papeles. "El asunto es que Vd. ha violado una ley y debo arrestarlo." Kovac pensó un instante antes de hablar: "¿Dice Vd. que compraron la montaña hace once años?"

"Cierto," contestó el Sheriff impaciente.

"Entonces... si es así... ¿por qué no me detuvieron antes? Llevo diez años trabajando aquí y nadie ha venido nunca excepto el periodista, hace tan sólo unos días."

"Uranium Searchers Incorporated se enteró de su estancia aquí cuando alguien en la compañía leyó el artículo que ese periodista escribió hace pocos días."

"Entonces... repito... (Kovac hablaba lento como si todo fuera un sueño de esos llenos de absurdos aconte-

cimientos, cuando el que sueña actúa sin dirección o motivo inteligente). Entonces... quiere decir que en diez años esa gente no se ha molestado en venir aquí y que no se hubiera molestado si no fuera porque leyeron el artículo en el periódico... "

"Exacto," contestó el Sheriff más impaciente que antes.

"¿ Puedo saber qué harán conmigo?" preguntó Kovac tímidamente.

"Lo pondrán en la cárcel hasta que pague su fianza o el juicio se termine."

"¡Ah! ¿Dijo Vd. cárcel?"

"Eso dije."

"Y Vd. piensa llevarme a ella."

"No pienso. Lo expresa Vd. mal. Voy a llevarlo ahora mismo!" Lo dijo sacando unas esposas cromadas que intentó poner en las muñecas de Kovac. El artista lo rechazó con un gesto mezcla de orgullo y autoridad.

"Si me toca Vd. le prometo que la pasará mal. Tengo fuerzas suficientes para empujarlo hasta el pie de la montaña. ¿Comprende? Mientras Vd. arrestaba infelices marijuaneros o ladrones sin importancia, yo estaba aquí bajo el sol o la nieve, luchando contra la naturaleza para hacer de esta montaña algo que las generaciones venideras admiren y amen. ¡Soy más fuerte que Vd!"

"Vd. tendrá las fuerzas pero yo tengo un arma." El Sheriff dijo la frase extrayendo de la cartuchera en su cintura el níquelado revólver.

"Uselo... el asunto me importa un comino, porque yo me voy. ¿Ve Vd. esa cima agreste que pocos se atreven a escalar? Bien, yo la he escalado mil veces en estos diez años y conozco cada saliente de cada roca. Allá me voy y Vd. tendrá que matarme o seguirme. Uselo si quiere y allá Vd. y su conciencia si lo usa." Kovac trepó rápidamente por los vericuetos de la roca y desapareció entre sinuosidades de la cima. El Sheriff dudó un instante y finalmente decidió regresar al carro. Nada podía hacer contra un hombre que no temía a un revólver.

Kovac llegó a la cima y se sentó en ella. El Sol bajaba lento hacia un horizonte hecho de leyes e injusticias. El carro del Sheriff huía por la pradera solitaria hacia un escritorio lleno de leyes e injusticias. Mañana vendría con

suficiente ayuda y reduciría al rebelde hasta que las rodillas le dolieran de puro arrodillarse ante la autoridad.

La tarde se murió suavemente como todas las tardes. Sólo que ésta iluminó con sus últimos rayos de sol a un indio sentado en la cima de un monte. Un extraño indio con barbas y una camisa a cuadros que miraba fijamente a un horizonte hecho de códigos y estatutos y leyes. Un indio que lejos de amilanarse por el ataque de los blancos estaba en ese instante planeando su defensa ante las cortes y pensando en el endeble andamio que habría de usar cuando esculpiera los labios de aquel rostro que hoy era nada más que un pedazo de roca sin forma en el estudio gigantesco de una pradera de South Dakota. Un indio en fin que amaba la vida y la verdad y el Sol.

Dios, desde su recóndito escondrijo hecho de sombras y años luz miró la cúspide pequeña de su inmenso universo y vio a Kovac pensando. La noche detuvo su avance un solo instante para que el indio recibiera en el centro de sus ojos un rayo adicional del sol poniente. Bajo ese rayo inesperado y gratuito Kovac vio claramente el perfil estupendo de la montaña terminada y comprendió....

Leopoldo Hernández